

A veces, esta vida póstuma prevalece de tal manera que la vida real se esfuma en una lejanía confusa e indescifrable. Ya no acertamos a distinguir la historia de la leyenda, y no solamente se borran los límites que debiera haber entre ambas, sino que todo queda revestido por la gasa impalpable y fugaz del mito. La figura se desplaza al reino de las ideas puras, donde ya no existe apenas el tiempo ni el lugar, de suerte que llegamos a preguntarnos si se ha movido alguna vez entre hombres de carne y hueso. Un maestro de la investigación moderna ha podido describirnos año tras año y casi día tras día la carrera terrenal del Cid Campeador, y, sin embargo, eran muchos los que se preguntaban si el Cid había existido en realidad. Aquí la contestación se ha dado, y de una manera definitiva; pero será difícil darla tratándose de Héctor, de Sigfrido, y más todavía, de Hércules o de Dionisios.

### La doble vida de Fernán González

Fernán González es también uno de esos héroes privilegiados, cuya vida póstuma se extiende siglos y siglos con ese fenómeno de adherencias pintorescas y maravillosas. Apenas desaparecido, los juglares se apoderan de sus hazañas, las cantan en los castillos y las repiten en los pórticos de los monasterios. La gesta se complica sin cesar con nuevas aportaciones. Aparece el canto popular y el canto erudito, el poema. Llega un momento en que la historia se confunde con la leyenda. Cuando Alfonso *el Sabio* busca su información en los relatos que corrian en boca del pueblo. Viene luego la época de los romances, y el conde de Lara queda convertido en un capitán famoso de los tercios de Flandes. Afortunadamente, es posible distinguir en la figura de Fernán González los límites que separan la vida histórica de la vida legendaria.

El investigador puede todavía encontrar los elementos necesarios para colocarla en una época precisa, para formarse una idea bastante clara de su influencia y de su carácter y para presentarla al hombre moderno, terminada ya esa vida poética que da a ciertas figuras predilectas la fantasía popular, desnuda de esos bellos adornos, parecidos a la hiedra, que viene a cubrir el tronco de un árbol milenario. Revolviendo los antiguos documentos, se encuentran noticias suficientes para acercarnos a él, atravesando la nube de la leyenda que le envolvía y le irrealizaba. Las crónicas de su tiempo son parcas hablando de él, y conformes con su carácter oficial, le tratan con muy poca simpatía; pero, examinando pacientemente los diplomas, las actas notariales y las suscripciones, se puede llegar a recoger el hilo conductor de aquella existencia heroica, con una lógica, una unidad y una belleza más apasionantes acaso que en el poema de Fernán González, escrito por un monje de Arlanza, tres siglos después de la muerte del protagonista, y en los versos del Romancero, que nos presentan los relatos de los primeros juglares, cien veces retocados por la musa popular. Y llegamos a descubrir aquello que en esta poesía legendaria es fruto de la primera hora, eco de la realidad y auténtica intuición de un alma o de un siglo.

### Los comienzos del héroe

Su historia empieza por corregir a la leyenda con la misma genealogía. El padre de Fernán González no se llamaba Gonzalo Núñez, sino Gonzalo Fernández. No era el hijo del juez famoso Nuño Rasura; sino el adalid de la repoblación que en los comienzos del siglo x planta el pendón de la cruz en las plazas del Duero, en Clunia, Garmay, Aya y San Esteban. Poco antes había creado el señorío de Lara, al cual alude la vieja inscripción, todavía existente, que él mandó poner a la puerta de la torre del homenaje: «En el nombre del Señor.

Gundisalvo y Funderico hicieron esta ciudad, siendo rey don Alfonso. Año 902». Lara es un rico alfoz, situado unos veinticinco kilómetros al sur de Burgos, del cual pudo decir en el siglo XIII don Gonzalo de Berceo, ponderando la gloria y la riqueza de la silla de Santa Oria en el cielo, que era «más rica y más preciosa que todo el alfoz de Lara». Una red de arroyos le atraviesa y montes poblados de robles y carrascas le circundan.

A un lado se alza, severa y arrogante, dominando la cuenca del Arlanza, la roca que se llama todavía el Picón de Lara, extremo meridional y último peldaño de una cadena de cimas escalonadas. Allí nace el futuro creador de Castilla; allí crece lejos de la agitación y de los peligros que cercan por todas partes la vida de los repobladores; y mientras su padre discute en la Corte de León o lucha en las orillas del Duero, se adiestra él en el manejo de las armas y en el arte de montar a caballo, y en el ejercicio de perseguir al ciervo y al jabalí. Su destreza y su arrogancia despertaban la admiración de las gentes del contorno, «ca mucho les agradaba el donaire y gesto y hermosura del mancebo».

### El vencedor de los moros

Su sangre le lleva a la lucha. Aparece en medio de la contienda cuando más sombrío se presenta el porvenir de Castilla, cuando Abderramán III, después de unificar las provincias del imperio cordobés, recoge todas sus fuerzas con propósito de someter también a los cristianos del Norte. Su padre ha sido eliminado por la política leonesa; es él quien debe hacer frente a las incursiones anuales del califa y sus generales.

*Quando iba el mozo las cosas  
(entendiendo,  
oyó cómo a Castilla moros iban  
(corriendo,  
«Valasme, dixo, Cristo; yo a ti  
(me encomiendo;  
su coita es Castilla, segund que  
(yo lo entiendo.»*

Descubrimos, ante todo, la faceta del guerrero, la que despertó más entusiasmo y admiración en los juglares y en los cronistas. Su intervención decide en el verano de 931 la guerra civil entre los dos hermanos Alfonso IV y Ramiro II. Alfonso es preso en Burgos, y el conde de Lara, en premio a su valor, se convierte de un golpe en conde de Castilla. Empieza su gesta contra los moros. Todos los valles que se extienden entre

el Arlanza y el Duero recuerdan alguna acción suya, algún hecho heroico, alguna victoria. Las gentes empiezan a llamarle «el buen conde», «de todo bien cumplido», «un guerrero natural», «cuerpo de buenas mañas», «el héroe de lozano corazón y de los fechos granados». Triunfa en Hacinas, salva una y otra vez Osma y Garmay, se distingue en la gran jornada de Simancas, y logra mantener tenso el espíritu de sus caballeros año tras año en una lucha porfiada contra un enemigo infinitamente superior. Es el jefe indiscutible, el que sabe ganar los corazones y asegurar el triunfo.

*El conde don Fernando, este leal cabdiello,  
parecía entre todos un fermoso castiello.*

Y no solamente logra conservar intacta la frontera en un momento en que conservar era más que antes conquistar, sino que de un salto se planta en las estribaciones de Somosierra, repoblando la antigua ciudad romana de Sepúlveda, que extendería los límites de Castilla muchos kilómetros hacia el Sur y al mismo tiempo los defendería por su inmejorable situación estratégica.

### El creador de Castilla

Pero Fernán González era también un gran político, y éste es acaso el rasgo que en él más admirará el moderno his-

(Continúa en la página 66)



Sepulcro de Fernán González